

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 11

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

PALOMA VALDEAVELLANO

«TENEMOS QUE TRANSMITIR LOS ERRORES... ME INTERESA
RECOGER ESAS EXPERIENCIAS PARA QUE NO SE REPITAN...
PARECE UN DEBER, ANTES DE QUE UNO SE LARGUE
DE ESTE PLANETA».

Mi proceso es bastante particular. Se inicia a partir de los nueve años, cuando mi madre fue elegida «Madre peruana» —que en ese momento era algo importante— y vino el abate Pierre al Perú. A ella la invitaron especialmente y yo la acompañé al Teatro Municipal. El mensaje del abate Pierre, que hablaba de los sin techo, de los pobres del mundo, me impactó muchísimo. Para mí, que vivía en Miraflores, me abrió una idea de que el mundo era diferente. Vi la película de los Traperos de Emaús, con las imágenes de los sin techo en París. Era descubrir algo. Cuando conocí al abate Pierre ese día, me impactó. Al final, como era la única niña en todo el Teatro Municipal, se me acercó y me tocó la cara —no me lavé la cara varios días—, me quedé impresionada. Desde ahí mantuvimos contacto con el padre Protain, que vivía en El Montón, iba a la casa y mi mamá coordinaba con él. Y yo sentí que descubriría que había pobreza y había que preocuparse por ellos. Si eras cristiano, eso era lo principal. Mucha gente le pedía ayuda a mi mamá, la buscaba y yo iba con ella a todas partes. En casa conocí a Gustavo Gutiérrez, cuando todavía no existía la Teología de la liberación.

A los trece años nos fuimos a Estados Unidos, de intercambio de estudiantes, mi hermana Rocío y yo. Tuve la oportunidad de vivir en varias casas, de estar en varios colegios y conocer la realidad de los negros. Fue el impacto de conocer otra realidad. Para mí fue un descubrimiento ver la marginación, así como en el Perú la vivíamos: terrible. Yo estaba totalmente en contra del racismo: si Dios nos había creado a todos iguales, por qué tenía que haber ese tipo de cosas. Un Viernes Santo estaba allá, muy joven y sola, pasé toda la tarde en una iglesia y fue algo fuerte con Cristo como persona. Sentí que Él había dado todo por amor, sentí su sufrimiento. No creo que haya que sufrir, pero sí sentí una conexión muy fuerte, que me marcó: había que entregar la vida por eso.

Al poco tiempo nos fuimos a Francia, internadas en un colegio, y fue una cosa muy parecida. Descubrí el África —porque estuvimos en el pabellón africano—

a los catorce años; descubrí que había continentes que tenían otra situación. Pasamos la Navidad en Emaús, en París, con el abate Pierre.

A los catorce o quince años, de regreso al Perú, fui voluntaria de Emaús y en verano fui a vivir a Emaús, en Chorrillos. Me encargaron que cuidase a cuarenta niños y los cuidaba con mucho cariño. Los sábados íbamos a «trapear» en un camión, a recoger cosas que donaba la gente, de las azoteas, cosas que les sobraban y que las llevábamos para que las resanen y poder donarlas o venderlas a diez céntimos en Emaús, como una forma de solidaridad.

Había en eso mucha mística pero comencé a preguntarme: aquí son cuarenta niños lindos, trato de darles todo el amor que puedo porque sus mamás tienen que salir a trabajar y no tienen con quién dejarlos; pero los cuatrocientos millones que hay en el mundo, ¿qué? Mirando a los niños, dije: «¿Qué puedo hacer por los demás niños que no están aquí delante?». Ahí es que me planteé estudiar sociología o algo que fuera más a las causas, porque me di cuenta que lo otro quedaba en asistencialismo. La cuestión era ir a las causas.

Eso fue en 1964 o 1965 y todavía era colegiala del Sophianum, porque cuando regresé al Perú fui al Sophianum y luego entré a la Juventud Estudiantil Católica, donde todos los que estaban daban un sustento a ese interés por los demás, a ese interés cristiano. En el colegio cambié, porque antes era muy tímida. Escribía todos los días en la pizarra del salón grande de clases que hay pobreza, que había gente que necesitaba nuestra ayuda. Tuve siempre los primeros puestos, pero me botaron del colegio, porque en plena fila pasaba la voz a las compañeras de que había una reunión, de que había campamento. Por tres llamadas de atención por silencio me botaron del colegio. Comencé a ser otra persona, a ejercer un liderazgo, no me importaba la formalidad, no necesitaba ser una niñita tranquilita —tontita, en otras palabras— sino que debía hacer lo que creía que tenía que hacer y eso estaba por encima de normas tontas, como estar una hora en fila, en silencio.

Tomé la decisión —completamente atípica en mi colegio—, de entrar a San Marcos. En esa época las jóvenes no estudiaban masivamente; tenían otros proyectos, como casarse, qué sé yo. Fui a San Marcos, donde también había ido mi hermana Rocío. Decidí estudiar Sociología. Al poco tiempo entré al Frente Estudiantil Revolucionario (FER), el frente de todos los partidos de izquierda. Yo creía en los frentes, en que uno podía hacer algo unidos. Vino una época movida. Muere el Che, que fue un hito para nosotros. Era una persona que uno admiraba totalmente, una persona que había entregado su vida, todo un ejemplo. Antes me había impactado la imagen de Javier Heraud: ¡que un poeta muera por ahí! Los años de la guerra de Vietnam los viví fuerte, tanto dentro como fuera del Perú. Me nació un antiimperialismo fuerte por esa agresión que estaba sufriendo Vietnam. Como personaje, admiraba a Ho Chi Minh. Siempre admiré a Ghandi y después admiré a Mandela.

Entré al FER en un momento en el que el rectorado de San Marcos estaba en manos del APRA. Aunque a mí lo universitario nunca me envolvió completamente, participé en el FER y me eligieron como secretaria de Prensa y Propaganda. Estaba bastante metida en toda la dinámica estudiantil. Estando en Estudios Generales, un día recogí una bomba molotov y la tiré a la policía, porque ellos nos tiraban. Me comenzaron a invitar de todos los partidos, a reuniones con sus altos mandos, como para que integrase el grupo porque me conocían, era dirigente, pero no era de ningún partido. Yo simpatizaba con los frentes, algo más amplio y que no tenga mucha carga ideológica. Con Edmundo Murrugarra, que acababa de llegar de París, conversamos largo y me pareció interesantísima esa reunión.

Una cosa que me angustiaba muchísimo era cómo los que formaban parte del FER se agredían con el conflicto chino-soviético; muchos eran de Patria Roja o Bandera y cómo agredían a los que llamaban revisionistas, a la gente de la Unión Soviética y, entre ellos, por ejemplo, a Vladimiro Del Prado, joven sanmarquino y amigo mío, hijo de Jorge Del Prado, que había sufrido mucho desde niño, había visto matar gente en la sublevación de Arequipa. Yo decía: ¡cómo puede haber gente que se considera revolucionaria y se agrede tanto entre ellos! Nunca atraqué con importar problemas como el chino-soviético que, en ese momento, predominaban en San Marcos. Veía con mucha discrepancia la sobrecarga ideológica que había en los insultos; eso no me cuadraba.

Por otro lado, era peruanista por herencia de mi madre, que decía que más que nada uno era peruanista. Descubrir a Mariátegui es darse cuenta que todo lo peruano tiene más valor. A pesar de que he tenido que escribir muchas cosas, nunca he tenido tiempo para leer. Al comienzo me leí el libro del Abate Pierre, que fue clave. En la época universitaria, Mariátegui y otras lecturas para entender el Perú. Después, la *Teología de la liberación*. En la maestría que hice varios años después en la Católica, he leído a Gramsci en los cursos de Sinesio López y otras cosas interesantes. Pero no es que sea la persona que mi referente han sido los libros.

«HE SIDO UNA BOLCHE EN EL SENTIDO DE ENTREGA, NO EN EL SENTIDO DE IDEAS BOLCHEVIQUES. NUNCA HE DEJADO DE SER CRISTIANA; DABA A ESE TRABAJO OBRERO UNA GRAN DEDICACIÓN Y ME ENTREGABA TOTALMENTE».

Se dio el golpe y a mí me pareció interesantísimo: si nosotros éramos antiimperialistas y se nacionalizaba la Brea y Pariñas, me pareció interesante como medida. No es que creyera en los golpes ni en la dictadura, pero fue una cosa de «hay que escuchar esto, porque se están tomando medidas nacionalistas». Traté de ver qué grupo de izquierda tenía una actitud más madura respecto a eso y salían las condenas súper ideologizadas. Alguna gente tenía una posición más o menos nacionalista. Vi un pronunciamiento del MIR respecto al golpe que era mucho más maduro que los demás partidos, que lo condenaban. Escuchaba hablar del MIR, de Luis de la Puente, que me parecía simpático porque había estado en el APRA y había tratado de pedir coherencia al APRA. Yo valoro mucho la coherencia; en mi vida he tratado siempre de que haya coherencia entre lo que uno piensa y lo que hace. Dije: él ha tratado de cambiar al APRA y ha ido hacia otra cosa. Personalmente, estoy en contra de la violencia pero vi que él había dado la vida por el intento de que se cumplieran los ideales del APRA y había formado el MIR. Era un partido clandestino, eso lo respetaba bastante también. A fines de 1968 me vinculé orgánicamente al MIR, una organización que veía con simpatía que se llamara movimiento y no partido. Me parecía algo hacia la unidad, un movimiento hacia algo más grande, así como el concepto de frente. Entré y ahí trabajé intensamente, con mucha mística. Iba a las escuelas obreras y me iba de fábrica en fábrica, a la salida de San Marcos, para invitar a los trabajadores a que fueran.

Creo que he sido una bolche en el sentido de entrega, no en el sentido de ideas bolcheviques, ultra radicales. Nunca he dejado de ser cristiana; daba a ese trabajo obrero una gran dedicación y me entregaba totalmente. Era disciplinada, pero comencé a faltar a clases. Paralelamente a esto, como me gusta el arte —los hermanos de mi mamá, mi familia, todos son gente vinculada al arte— y he ido al teatro desde chiquita, estaba ilusionada en hacer teatro. Vino Atahualpa del Cioppo, el gran director de teatro uruguayo y en la Universidad Nacional de Ingeniería hizo unos talleres; comencé a ir y a ensayar; estaba muy contenta. Pero ahí llegó un problema: decidieron pasar a la noche los ensayos con Atahualpa del Cioppo y había un cruce con algunas reuniones que me asignaron en el trabajo obrero. El secretario general del MIR —una persona a la que respeto mucho— me dijo: «Escoge entre el teatro y la revolución». Para mí esa frase sintetiza uno de los problemas más graves que pueda haber en cualquier compromiso. Dios te da unos talentos, naces con una habilidad, con una vocación. Y si sirve a los demás, si se pone al servicio de la liberación, es con esa habilidad, no reprimiéndola, no castrándola.

Para mí esa frase fue terrible, lloré toda la noche y tuve que ir al día siguiente donde Atahualpa del Cioppo, pero como era clandestina no le podía decir: «Mira, me ha prohibido mi partido». Él era una persona de izquierda, exiliado de Uruguay, y no entendía por qué le decía que no podía seguir. Al final quedé en ir a algunos

ensayos, para hacer papeles menores, lo que me servía de cobertura en mi casa para decir que regresaba tarde. Pero esa cosa tan absoluta que me dijeron —«escoge entre el teatro y la revolución»— ha sido la cosa más castradora, con la que más discrepo de las que he vivido en mi vida. Es como decir «escoge entre el amor y la revolución», «escoge entre la vida y la revolución», «entre la familia y la revolución». Es absurdo. Que te digan eso, sin darse cuenta de que el director uruguayo era importantísimo, que estuvieras en una obra progresista que la estaba poniendo con Santiago Agurto, que era un rector progresista, en un momento interesante del país.

Cualquier habilidad que uno tenga, que ha nacido con eso, es un don y tiene que desarrollarlo, para sentirse bien como ser humano, y compartirlo para que eso sirva a la humanidad. Creo que el arte y la creatividad tienen un poder inmenso en un proceso de transformación. En esa época, una traba de la izquierda era mirar que el arte era burgués. Mucha gente no lo miraría así y había artistas valiosísimos; pero, en una etapa, se reducía la militancia a una forma de verla. Eso lo pagué carísimo. Es que estás trabado y en un momento de decisiones sientes que no tienes derecho a optar por lo que te gusta.

Después de muchos años, esta persona me mandó decir con una de mis hermanas monjas que pedía disculpas porque había estado en Nicaragua, en el triunfo de la revolución, y se dio cuenta de la importancia de la cultura. Mi hermana, que trabaja en El Agustino, lo encontró y le dijo algo, porque yo le había contado que eso me había afectado mucho. Después me lo he encontrado y es alguien a quien quiero mucho.

Sin embargo, cometió otro error. Hubo una convocatoria para el 12 de febrero de 1969, para la formación de un Frente Antiimperialista Revolucionario (FAR). A mí me pareció genial que existiera un frente, luego de que Velasco había nacionalizado, que hubiera un movimiento social que respaldase no la medida en sí ni al gobierno sino que sustentase una posición antiimperialista, en el momento que atacaban a Velasco. Pero me llamó la atención que, cuando se convocó a una asamblea y había gente importante de la CGTP [Confederación General de Trabajadores del Perú] y de todos los grupos, en el momento que iba a comenzar, este compañero me dijo: «Compañera, usted dirija, usted presida». Por disciplina, presidí, pero era una mocosa de diecinueve años. Presidí la asamblea en la UNI, más o menos con criterio, y funcionó bien. El mitin del FAR fue disuelto con bombas lacrimógenas y en todas las esquinas buscaban a Paloma; como diez personas me dijeron que me buscaban. Corrí por otro lado y no me agarraron ni ahí ni nunca. Pero me pareció que no se debería hacerle pagar los costos a un militante que se entrega, con toda disciplina. No debería suceder en ningún partido, en ninguna institución, sea religiosa o política. Desde esa noche, todos los días llamaban a mi casa de Miraflores, donde vivía con mi papá y mi mamá.

Cuando contestaba mi papá le decían: «Señor Valdeavellano, no deje salir de su casa a su hija Paloma, porque la vamos a matar». Todos los días. Felizmente mi madre no contestaba el teléfono. Y tenía el teléfono interferido. Es curioso porque yo en ese momento no estaba en contra de Velasco. Ese año vino de Brasil un diputado, al que condenaron a muerte y se vino al Perú. Nos hicimos muy amigos y él me abrió un poco los ojos respecto a lo que podía ser el infantilismo de alguna gente.

La muerte de Camilo Torres para mí fue importantísima: que un sacerdote se las haya jugado y haya muerto me hacía ver que esa era la Iglesia, la fe que nunca he dejado de tener. Vengo de una familia donde tres hermanas son religiosas: dos son monjas del Sagrado Corazón y otra de un instituto secular; a los dieciséis años se fueron las tres. Jamás he pensado ni por un instante en ser monja. Sí he valorado siempre los derechos humanos y colaboraba con el Comité de Defensa de los Derechos Humanos (CODEH); trataba que fuera una organización con una base social. Paralelamente a mi actividad partidaria, entré al Comité.

Surgió un problema cuando en 1970 me eligieron secretaria general del CODEH: me pidieron que por razones de seguridad transfiriera todos mis contactos obreros —que tenía muchísimos y para mí eran sagrados—, que los pasara porque ya era una persona pública, en un cargo más abierto. Eso me dolió en el alma. Respeto mucho al MIR donde he militado y no me lamento, pero ese tipo de error... Yo trabajaba con cada obrero como si fuera el único. Conversaba con ellos, me reunía, iba a la fábrica, les explicaba algunas cosas, que tenían derechos básicamente y, de repente, transferir el contacto porque tengo otro cargo, así, de arriba a abajo, me parece un grave error. No era cuestión de que lo pase. De hecho esos contactos se perdieron; un trabajo muy sacrificado, con un costo bien alto, no solo perder clases sino quedarme hasta tarde, un ritmo de vida muy intenso, muy fuerte y, de repente, pasarlo.

«NI LOS PARTIDOS NI LA IZQUIERDA
ESTÁN PREPARADOS PARA
ACOMPAÑAR PROCESOS PERSONALES.
SE DESCUIDABA LA VIDA PERSONAL».

No se debe cometer ese tipo de errores. O el de maltratar a la familia, no respetar la vida personal y familiar, de pareja. Una de las cosas que he respetado del APRA antigua es el lugar de la familia. En la izquierda, si el militante estaba con su familia paterna porque era muy joven, había que salir corriendo para una cosa u otra y dejar plantados a los padres. Cuando era una chibola y estaba en el MIR, como estaba

también en el CODEH podía ir a la cárcel a ver a los presos. De repente, el día que cumplía veinte años me llama quien era mi jefe en ese momento. Mis padres venían de Iquitos, especialmente, para tomar desayuno conmigo; adelantaron su vuelo porque les dije: «Me tengo que ir a las diez». Y mi jefe me dijo que tenía que ir al penal de Lurigancho a entregar algo; no me consultó si podía y tuve que plantar a mis padres. Ese viaje en micro, ¡horas! Me pasé el día de mi cumpleaños en el micro llevando un encargo. Sentí que maltrataba a mis padres, que ya bastantes preocupaciones tenían porque me veían llegar tarde. Claro, hubo cosas que sacrificar, cosas que uno quisiera haber hecho se han dejado de hacer, pero el costo en la familia tiene que ser considerado por cualquier proceso de liberación.

Ni los partidos ni la izquierda están preparados para acompañar procesos personales. Se descuidaba la vida personal. Tengo mil casos para demostrar que no se daba tiempo para la pareja. Si uno cree en la revolución, en una sociedad mejor, en un hombre nuevo, en unas relaciones humanas nuevas, solidarias, fraternas, debería haber un apoyo en ese sentido. Pero nunca se tocan esos temas.

No me quejo de los sacrificios, es cosa de una opción: uno se entrega con mística, por ideal, porque deje de haber injusticia, porque deje de haber explotación. A mí lo que siempre me ha movido, en términos cristianos, era construir el reino de Dios en la tierra, ¿por qué tiene que ser en el cielo? Aquí hay que comenzar, no postergarlo para cuando uno se muera. No, aquí hay que comenzar ese mensaje del Señor, que es liberador y que gracias a Gustavo Gutiérrez tuvo otra connotación, la de liberación. Eso es lo que siempre me ha movido. Pero cuando yo contaba que era cristiana, distinta gente —tanto del MIR como de otros partidos— me decía: «¡Ah! todavía eres cristiana», como refiriéndose a un aspecto que debía superar. Para mí la fe es motora, siempre ha sido motora para mí.

En el CODEH se hicieron cosas interesantísimas. Nos sacamos la mugre por la amnistía y la logramos: Velasco dictó la amnistía; dentro del velasquismo, había gente amplia que apoyó eso. Entonces era secretaria general y fui al Puente del Ejército donde hubo el recibimiento a todos los presos; tuve que hablar ahí y Hugo Blanco también habló. El CODEH se amplió a algo con más base social: formó una comisión sindical. Ahí entró Ronald, mi esposo; entró a esa comisión que trabajaba con todos los sindicatos y se planteaba los derechos humanos y lo de la amnistía en un nivel social, para que no solo los intelectuales pidan por estos temas.

Seguí en el MIR con entusiasmo. Estuve casi a tiempo completo en el MIR desde fines de 1968 hasta 1971. Ahí es cuando entró otra gente y se dividió. Se marcó un sector militarista y otro por el trabajo de masas. Para mí fue muy frustrante ver cómo se dividía, por razones ajenas a uno, algo por lo que uno se había sacado la mugre. Me dolió bastante, pero era imposible quedarme.

Me casé con Ronald en 1972. El matrimonio fue prácticamente un mitin, en la iglesia de Jesús Obrero, con el privilegio de que Gustavo Gutiérrez nos casó. Nos fuimos a vivir a Comas, en el cerro, arriba, tres años. Fue una etapa de mi vida muy interesante en la que Ronald y yo nos hemos dedicado fuertísimo al trabajo obrero, en las ensambladoras. Y en el sector metalúrgico se hizo un trabajo de base. La mística ahí era la clase obrera, el clasismo y la lucha contra las empresas que no querían que haya la comunidad laboral ni el sindicato. Era crear conciencia sobre los derechos y coordinar con la comunidad laboral, para que haya más presencia, más participación obrera. Fueron varios años y fue muy interesante.

En la Federación de Pueblos Jóvenes había gente que trabajaba fuerte, en el nivel barrial, en el trabajo de masas, nada vinculado a la lucha armada. Tomamos muy a pecho el trabajo de masas, combinando el trabajo en el medio obrero, con el trabajo barrial en El Agustino y en Villa El Salvador, en la CUAVES [Comunidad Urbana Autogestionaria Villa El Salvador] y en la Municipalidad, cuando se establece. Formamos el Movimiento de Acción Proletaria (MAP) con Michel Azcueta, entre otros. También hubo trabajo en el Cusco. Con el MAP buscábamos ir a la unidad. Desde 1972 hasta 1978, cuando el MAP asume la idea de confluir con otros partidos y nos unimos con cinco partidos. Se forma así la UDP [Unidad Democrática Popular] en la época de Barrantes, cuando había elecciones.

En 1973 entré a trabajar en la reforma educativa, una etapa valiosísima que impulsó Augusto Salazar Bondy. Ha sido una de las reformas más interesantes y trabajé como profesional en el Ministerio de Educación. Era extensión educativa, trabajo con la comunidad para poner ahí las artes y otras actividades —como las de los sindicatos—, incluido el teatro. Hicimos muchos documentos para capacitar a los profesores, acostumbrados a trabajar en el aula, para prepararlos en el trabajo con la comunidad, con jóvenes, con cosas que podían ser lúdicas. En Villa El Salvador se apoyó la formación del Centro de Comunicación Popular y se sacó el canal de televisión. Ahí conocí a María Elena Moyano. Para mí fue una etapa riquísima esa de la reforma educativa. Hasta que, con el golpe de Morales, comenzó a cambiar todo. Después de un tiempo nos pidieron que fuéramos a la huelga del SUTEP a ver qué había, como si fuéramos soplones. Me negué, pero algunos sí iban. Renuncié porque no tenía mucho sentido trabajar en eso.

Intenté a partir de 1979 impulsar la unidad y la confluencia. Estuve muy metida en el proceso de unidad —con lo que habían sido antes MIR IV, el MIR Norte, Insurgencia Socialista e Izquierda Popular— de cinco partidos que nos unimos y trabajamos con Alfonso Barrantes y Carlos Malpica. Fue como graduarse, darse cuenta que la izquierda tenía que participar maduramente en procesos electorales. Trabajamos duro para la Asamblea Constituyente con dirigentes de Villa El Salvador que

eran candidatos. Fui elegida para la comisión política de los cinco partidos; para mí era importante que una mujer pudiera ocupar ese cargo; también hubo otra compañera en ese momento. Cuando en la lista de candidatos a la Constituyente nos dieron un cupo que tenía probabilidades de salir, Malpica insistió en que fuera yo. Si yo aceptaba, hubiera salido elegida, pero a mí me gusta el perfil bajo, no aparecer. Quería retomar lo artístico, lo cultural —no dedicarme tanto a lo político—, que era algo que había postergado.

«TRABAJAR CON LA POBLACIÓN, CREAR
CONCIENCIA, PARA QUE LA SOCIEDAD
CAMBIE, COMBINANDO UN PROCESO
ELECTORAL, DEMOCRÁTICO DE VERDAD,
CON EXPRESIONES POPULARES».

A mí siempre me angustió, me preocupó y me molestó cómo la derecha en el Perú, en la época de Velasco, no dijo nada cuando vino el golpe de Pinochet. Fue un golpe con el que lloré; estaba en Iquitos cuando me enteré y lloré y lloré. Nos dolió profundamente el golpe contra Allende, la subida de Pinochet y las matanzas. Y la derecha aquí no decía nada de Pinochet, nada de lo que pasaba en Uruguay, Argentina o Brasil.

Pero relativizo mucho los términos dictadura y democracia. Creo en la democracia, pero creo que no es simplemente ir a votar. Todo es muy relativo. En una dictadura como la de Batista, el levantamiento de Fidel lo admiro: tuvieron la valentía, expusieron sus vidas, estuvieron presos, otros murieron; un levantamiento como ese, en esa etapa, lo respaldo. Después han surgido otras cosas de Cuba pero respeto ese proceso y admirábamos la revolución cubana por eso. Al Che lo admiro muchísimo, básicamente por su concepto del hombre nuevo. Creo que se necesita formar un hombre nuevo.

La idea era terminar con la explotación: una sociedad que no tenga explotación, que no tenga injusticias, que no haya racismo y que construya un hombre nuevo. Muchos amigos eran social-cristianos y los valoro mucho a todos ellos. Desde el comienzo yo me definía cristiana socialista. Nunca me definí comunista, porque eso implicaba otra cosa o probablemente porque era cristiana o por lo de dictadura del proletariado. Nunca simpatiqué con Stalin, por las cosas que pasaron allá. Respeté mucho a Lenin, cuando traté de construir partido y leí sobre la formación y el trabajo de cuadros, pero no en el sentido que sea partido de cuadros, contrario a las masas.

El materialismo histórico fue muy útil como análisis de la realidad, entender que hay clases. Entonces, era cambiar la estructura porque no solo era que había personas buenas y malas sino que la estructura estaba mal. Había un tejido social que se tenía que cambiar y tenía que ser un cambio radical. Eso implicaba un conjunto de fuerzas, de procesos, de participar en elecciones, en protestas sociales, pero, sobre todo, de organización popular. Pensaba en un socialismo muy a la peruana.

Es la utopía, pero como en lenguaje cotidiano dices «eso es utópico», no. Es la utopía de una sociedad sin clases, donde todo el mundo se respete. Para los que se definían marxistas-leninistas era la sociedad comunista. Yo sentía que teníamos diferencias, pero teníamos que trabajar juntos hacia el mismo objetivo principal, que era el cambio de la sociedad para que no haya injusticia, que no haya explotación.

Mi utopía es una sociedad en la que la gente pueda desarrollar esos talentos con los que ha nacido y no tengan que estar castigados porque no tienen los recursos. Todo el mundo debería tener la posibilidad de hacer lo que le nace, en el buen sentido de la palabra, lo que tiene habilidad para hacer; el mundo sería mejor. Y que nadie maltrate a nadie, que nadie explote ni robe a nadie. Creo en la democracia, los procesos tienen que ser democráticos, no creo en ningún tipo de violencia. Pero la democracia, como se entiende aquí, deja mucho que desear, porque para mí no es cuestión de ir a votar y que los miedos inclinen la balanza hacia un lado o haya chantajes.

Nunca he estado con el militarismo, yo hacía el trabajo de masas: trabajar con la población, crear conciencia, para que la sociedad cambie, combinando un proceso electoral, democrático de verdad, con expresiones populares. La lucha armada nunca la he visto con mucha simpatía. Nunca me gustó la frase «el poder nace del fusil» y todo eso; discrepé siempre de ese tipo de expresiones, algunas que venían del maoísmo. Pero sí creía que por realismo, si había habido una evaluación y se estaba viendo que había muerto todo y si no había un cambio, tenía que defenderse de alguna forma, lo veía como algo de defensa propia. Lo de Camilo —cuando todavía no existía la Teología de la liberación—, para mí fue un gesto importante: que un sacerdote se haya plegado a la lucha del pueblo y no simplemente hiciera misa y obligara a rezar el rosario. Pero no me lo imaginaba a él matando. Uno decía que en algún momento iba a ser inevitable, así como existen el ejército y las fuerzas armadas. Pero idealizar la lucha armada... eso sí nunca. Sí he estado en un partido en el que ha habido gente que ha participado en eso.

Mi idea siempre ha sido evitarlo, pero pensar que si alguien se arriesgó —como Javier Heraud, Luis de la Puente, el Che o Camilo— respeto a esas personas. Y en el caso de Cuba, en esa etapa. Pero, después, que se fomente eso en América Latina... la verdad es que siempre he manifestado mi desacuerdo con que se fomente esa vía. No solo porque estoy contra la violencia sino porque me parecía simplista pensar que si un grupo armado entra, estratégicamente hablando va a funcionar. La cosa no era

agarrar un fusil. Todo simplismo siempre lo he criticado mucho y años después he leído a Gramsci, que hace ver la importancia de lo cultural en las sociedades. En el caso del marxismo, como se veía en una primera época, el sentido era priorizar lo económico, y el concepto de lucha de clases era muy rígido. El aporte de Marx de las clases sociales me parece valiosísimo, pero que la gente reduzca todo a la lucha de clases siempre lo critiqué. Reconocer un hecho, sí, pero no fomentarlo. Creo que hay que combinar acuerdos entre las clases y coordinar consensos.

Tengo muchas formas diferentes de ver lo que se ve desde un sector de la izquierda, en la que no estoy metida ahora. En los grupos medioambientalistas hay gente bien cuadrada: no a la minería; hay una satanización de la minería. Soy hija de un ingeniero de minas que respetaba mucho al Perú, se iba con mucha mística a la mina y nunca quiso trabajar con la de Cerro de Pasco porque él decía que era anti-imperialista, pero respetaba a las minas; daba trabajo y se llevaba muy bien con su gente. Entonces, discrepo con algunas cosas que han pasado, con la forma en que se han dirigido, porque debería haber diálogo, los expertos deberían asesorar para decir: «Esta minería puede ser sana y puede ser beneficiosa para el país y esta, no». Estoy en contra de la minería que contamina y, sobre todo, de la que explota; por eso he trabajado tanto con el movimiento minero, para apoyarlos contra el abuso de las mineras que pagaban poco, que exponían su vida. De ahí a pensar que hay que atacar a la minería en bloque... Eso me parece absurdo, porque podría haber algunos proyectos que podrían ayudar.

Hay gente —puede ser alguien de la CONFIEP o de otro lado— que puede aportar ideas. No se trata de satanizar a todos los que representan al empresariado, porque una sociedad se construye con el aporte de mucha gente, de distintos sectores, siempre y cuando haya reglas de juego claras. Soy enemiga de antagonizar, como soy enemiga de la violencia. Una sociedad se construye con inteligencia, con creatividad, con espíritu de justicia, con la participación de gente diversa con sus talentos, sin excluir a nadie, sin atacarlo porque es así o así.

Estoy en contra de lo que pasa en Venezuela. Chávez tuvo la capacidad de criticar a Bush cuando la invasión de Irak, mientras otros gobiernos se quedaban calladitos. Pero lo que está pasando ahora con Maduro me parece absurdo. A Cuba le tengo mucho cariño y he tenido el privilegio de estar ahí dos veces. Es la reforma educativa más avanzada. La solidaridad cubana es extraordinaria. Siempre respeté el proceso cubano. Cuando vino Fidel, de paso a visitar a Allende, fuimos al aeropuerto con un grupo de gente, para verlo, porque era un ícono. Realmente sientes que es alguien de otro lote, muy valioso. Recién este año se termina el siglo XX, como dicen algunos, porque ha pasado la muerte de Fidel y han pasado muchas cosas. Sin embargo, otras cosas en Cuba no me parecen bien: el recorte de libertades. Eso sí creo que debe cambiar.

«ME PREOCUPA MUCHÍSIMO
QUE HAYA UNA DIVISIÓN EN
EL SECTOR POPULAR... EN LOS
JÓVENES DE AHORA ME PREOCUPA
LA FALTA DE CULTURA».

La idealización de la clase obrera era ridícula porque no se puede idealizar a ningún sector social ni a ningún ser humano, porque en todas partes se repiten problemas. Voy a hablar con una persona y entre jóvenes obreros están hablando del otro o serruchándole el piso. Me preocupa muchísimo que haya una división en el sector popular. En el sector universitario o profesional el consumismo está muy presente y estar todo el rato conectados lleva a que no puedan profundizar en algo. Al mismo tiempo, confío en que esa tecnología y esa habilidad les permitan tener a la mano un montón de información que, a la larga, dé resultados.

Hay gente maravillosa entre los jóvenes de ahora pero me preocupa la falta de cultura, porque estar todo el día chateando o mandando mensajes por Whatsapp o el Twitter... Cuando ahora te encuentras con una persona y quieres conversar, pero está respondiendo, siento un quiebre en la comunicación. La tecnología ayuda muchísimo pero va ordenando demasiado la vida cotidiana de la gente y es la que manda. Hay más posibilidades de conectarse, todo el mundo está conectado todo el tiempo, pero al mismo tiempo no se sientan a escucharse, a conversar, tanto entre padres e hijos, como entre hermanos. Si están en una comunicación, la gente no se escucha.

En una sociedad tan consumista como la que vivimos ahora, todos los jóvenes caen: creen que tienen que comprar tal cosa porque está la propaganda. En el caso de la gente que es hija de gente de izquierda, creo que los valores se transmiten y tienen valores de solidaridad, pero como que han sufrido que los padres fueran muy sacrificados y no compraran caprichitos. Hay una tendencia como a descubrirse de eso.

Me dan ganas de escribir un libro que se llame «La metamorfosis de la clase obrera», porque veo que hay una desunión brutal. Están con el celular, están con los audífonos, pero entre ellos rajan, no hay un mínimo de sentido de pertenecer a una clase y que tienen derechos. Sea un carpintero o un vigilante de edificio, no hay espíritu de cuerpo sino falta de solidaridad entre ellos. Hay maestros muy buenos, pero no quieren trabajar en grupo porque tienen miedo que los serruchen o estén rajando todo el rato. También me preocupa la falta de creatividad. Porque, si bien hay peruanos increíblemente creativos, artesanos y emprendedores, a veces uno ve

que para pequeños detalles, como que el cerebro no se usa. La computadora o el celular se convirtieron en calculadora, computadora, en todo. El facilismo y la tecnología han hecho que no se usen el cerebro y la imaginación para observar y decir: «Aquí está la solución».

Debemos lograr que haya una financiación solidaria, también ahorrativa, porque ahora los jóvenes desperdician, gastan en tonterías. Pero que no se masoqueen; creo que en nuestra generación —en particular, algunos cristianos— han sido demasiados sacrificados. Cristo vino a liberarnos, no a hacernos sufrir. El sentimiento de culpa hay que borrarlo; en mi generación estuvo muy presente, tanto en mi familia, en el mundo cristiano, como en la izquierda. No se trata de tirarse latigazos porque uno se da un gusto. Uno es una persona vital, alegre, plena y debe hacer cosas que le nazcan, que la inspiren, que le gusten. Creo que los jóvenes podrían ayudar a hacer ese tránsito, no repetir nuestros errores, pero no caer en el sistema que maneja la publicidad. La generación de ahora se ha ido al otro extremo y cuestiona, por ejemplo, ahorrar.

Tenemos que transmitir los errores que no se deben cometer. He querido transmitir aquellas cosas que me parecen importantes y he evaluado mucho el resto de mi vida. Me interesa recoger esas experiencias para que no se repitan, porque habiéndose evitado, los resultados hubieran podido ser muchísimo mejor. Parece un deber, antes de que uno se largue de este planeta, dejar una huella en ese sentido.